

la función educadora del padre de familia en el mundo de hoy

(Tema expuesto por la delegación argentina al III Encuentro Latinoamericano del Movimiento Familiar Cristiano).

● DAMIAN Y SOLANGE BECCAR VARELA

EL tema que ha sido encomendado a la Delegación argentina, "La función educadora del padre de familia en el mundo de hoy", parecería contener una petición de principio.

Pues podría objetarse desde ya —es que el padre de familia tiene, en el mundo de hoy, alguna función educadora? Como bien lo señala Leclercq en su libro "La familia", todos los movimientos ideológicos puestos en circulación desde hace un siglo van a parar en la educación de los niños por el Estado. Y a este resultado llegan dos corrientes de pensamiento que pudieran ser consideradas como antagónicas: la individualista y la estatista.

No creemos que sea necesario señalar hoy por qué caminos se arriva a la misma conclusión, pues sería este tema de otra disertación. Pero no podemos sustraernos de traer aquí una experiencia vivida por la sociedad contemporánea, que puede servirnos de ejemplo aleccionador.

Partiendo de la base de que ningún ser pertenece a sí mismo, sino a la sociedad, al linaje humano, en la Rusia so-

viética se intentó constituir un régimen familiar y educativo que aplicara concretamente los principios teóricos, elaborados por sus ideólogos.

En el campo familiar se dio amplia libertad a la formación y disolución de los vínculos matrimoniales, y en el de la educación se pretendió sustituir la educación de los padres por el Estado. Sería largo enumerar la odisea vivida por la familia soviética desde 1918 cuando comienzan a convertirse en leyes las tesis sostenidas por los filósofos del movimiento. Al comienzo se lo hace tímidamente, con más decisión después, para ir modificando gradualmente esos textos legales al ver los resultados desastrosos logrados por esas teorías trasnochadas. Se produce una evolución notable y sintomática en la legislación soviética con relación al régimen matrimonial, y en cuanto al derecho y deber de los padres de dar educación a sus hijos, llegándose a ensalzar públicamente las virtudes domésticas, que antes eran miradas como resabios burgueses que estaban destinados a desaparecer con el triunfo del estado socialista.

En frase de Leclercq podemos decir

que en Rusia la familia ha tomado su desquite contra el régimen. La naturaleza ha vencido la utopía. Sofocada, torturada bajo el peso de una legislación aberrante, busca la salida, reclama sus fueros y logra, al fin, el reconocimiento legal de sus derechos esenciales.

Es que no es posible olvidarse, sin caer en desviaciones inesperadas, que el hombre es una síntesis misteriosa de lo divino y lo terreno.

Vemos así, que en el mundo de hoy, en aquella parte de la tierra donde se está realizando la experiencia más avanzada de abandonar las leyes establecidas por el Creador, allí donde pareciera que se logran los resultados más llamativos, se ha llegado a la conclusión definitiva de que en las relaciones humanas, en lo que hace al hombre en su aspecto más íntimo, esto es, en lo que respecta a la familia, aún tiene vigencia aquello que afirma el Eclesiastés: "Lo que fue, eso será; lo que ya se hizo, eso es lo que se hará; no hay nada nuevo bajo el sol".

Porque desde tiempo inmemorial, en todas las sociedades primitivas el padre ha sido el primer educador de sus hijos. Desde la primera enseñanza, aquella que se relaciona con la conservación de la vida, el manejo de las armas y el de los instrumentos de labranza, hasta la más complicada para iniciar en los secretos tribales o en las creencias transmitidas, siempre la educación ha estado y está en manos del padre. Nadie puede sustituirlo, sino colaborar con él. De otro modo no se logra que ese niño de hoy sea el hombre cabal de mañana. Hombre pleno en lo físico, en lo moral y en lo espiritual.

Es que así ha sido hecha la naturaleza humana y resulta estéril todo intento de

contradecirla, como bien nos lo demuestra la experiencia de la historia y la muy reciente que mencionábamos hace un momento cuando nos referíamos a lo acontecido en la Rusia soviética.

Podríamos citar aquí lo tantas veces reiterado por la Iglesia: la educación de los hijos corresponde privativa y primordialmente a sus padres, y el Estado o la sociedad deben cumplir una función — muy importante por cierto — de colaboración y complementación, suministrando a las familias todo aquello que ellas por sí mismas no puedan dar.

Podemos afirmar entonces que el título asignado a nuestra exposición es correcto. El padre, de familia *tiene* una función educadora que cumplir en el mundo de hoy, como lo tuvo en el de ayer, y se trata de ver de dónde le viene al padre esta obligación suya, cuáles son sus posibilidades y de qué medios dispone para lograrla.

* * *

Aclaremos primero qué es educar.

Más allá de todas las discusiones etimológicas, la acción de educar comprende de una manera armónica la significación de los verbos "Ducere" y "Educere". El primero expresa más directamente la acción de guiar, dirigir, conducir. El segundo expresa la acción de hacer pasar lo potencial o virtual al plano de lo actual o real. De ahí que educar, como proceso dinámico y consciente, signifique volver real, hacer florecer, orientado y dirigiendo todas las facultades de que está dotada la persona esencial e inicialmente.

La educación es un proceso que queda abierto desde que nace el hijo hasta su transformación en hombre maduro. De

este proceso participa la familia, las instituciones intermedias, la Iglesia y la sociedad en general. La familia no sólo tiene el papel fundamental en este proceso, sino que deberá integrar y valorar todos los elementos educativos que de los demás medios recibe el hijo. El hogar es, en puridad de verdad, el laboratorio que analiza, purifica y adapta todos aquellos elementos o ingredientes que las diversas instituciones aportan —positivos y negativos— a la educación de los hijos.

Y en todo este proceso, al padre le cabe una función principalísima, a la cual no puede sustraerse, porque es una imposición y un derecho, a la vez, que le viene por su propia naturaleza de hombre.

Para nosotros, cristianos, que todos los días repetimos "Creo en Dios Padre, creador de todas las cosas..." el problema alcanza contornos definidos y se nos hace fácil resolver el enigma de la naturaleza del hombre.

"Toda paternidad deriva de Dios", nos dice San Pablo, en Efecios 3.

Nosotros sabemos que Dios, en su fecunda bondad, comunica a sus criaturas el poder de "dar la vida" que a El le pertenece en esencia. Leemos así en el Génesis que Eva exclama al nacer su primer hijo: "He adquirido un hombre con la ayuda de Dios". Y porque ese poder nos ha sido dado llamamos a la generación nuestra "procreación" y somos "co-creadores".

En consecuencia, para comprender la paternidad humana es necesario contemplarla a la luz del Misterio divino de la Creación, obra del Padre.

Nuestro Dios, el Dios verdadero, como dice Enrique Shaw, no es ni un Dios oriental, totalmente indiferente a todo

lo que sucede a su alrededor, ni un Dios griego que se divierte a expensas del hombre: Dios es Amor. Y creer en la doctrina cristiana de la Creación es creer en el Amor.

Por amor, por esa exigencia ineludible de comunicarse que el Amor Divino tiene, en el séptimo día de la Creación Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, libre y dotado de inteligencia y de poder y le da el mandato: "Creced, multiplicaos y dominad la Tierra".

Dios hace partícipe al hombre de su obra creadora, lo asocia a El, lo designa su vicario, para que el hombre continúe y perfeccione la obra salida de sus manos. Le otorga el don divino de la fecundidad y le llama a llevarla a su término mediante el crecimiento de la cultura, la proyección de la personalidad hacia una plenitud. Incita al hombre a que cumpla el ser imagen y semejanza de El. El día séptimo marca así conjuntamente el descanso de la obra de Dios y el llamado al trabajo del hombre, para llevarla a la perfección por Dios prevista y querida.

Y así el hombre, con su gesto procreador, participa del dinamismo de perfección que encierra todo gesto divino, pues él es imagen de Dios del cual procede. En Dios, que obra sin las limitaciones de lo temporal, ese dinamismo de perfección no significa progresión de perfección en el tiempo. En el hombre sí, por su condición de ser inacabado, perfectible.

De ahí que el hijo necesite biológica, intelectual y espiritualmente realizarse en un proceso dinámico de perfección hacia la plenitud humana en la libertad. Este es el fin de la educación, esta es la misión educadora del padre.

Con la concepción y educación de su prole el padre repite y refleja, entonces, la paternidad divina y trinitaria:

Dios creador = paternidad natural

Dios padre = paternidad humana

Dios trinitario = paternidad espiritual

* * *

Aparece así el padre como el colaborador auténtico de Dios, como el verdadero hijo que reproduce la obra de su Creador y la completa: él procrea un nuevo ser usando de la facultad que le ha sido dada de transmitir la vida; procrea como ser humano, distinto de la bestia, usando de su inteligencia, voluntad y libertad, deseando al hijo conscientemente y haciéndose responsable de él; y se hace cargo también, de esa alma nueva, de esa nueva imagen de Dios, que existe por Amor, que pertenece al Amor, y que debe ser conducida hacia el Amor, que es principio y fin de todas las cosas.

Y en el difícil y atareado mundo de hoy, donde por un lado las presiones e influencias externas sobre el hogar, a través de los modernos medios de difusión, son enormes, y donde por el otro las dificultades de orden económico —que cada vez son más complejas— obligan al padre a permanecer largas horas sin entrar en contacto con los suyos, ¿qué posibilidades tiene de cumplir esa función educadora que hemos visto le es connatural e indispensable?

Creemos nosotros que el padre, providencialmente situado para ser maestro, tiene consigo la mejor posibilidad de influencia, de persuasión cotidiana, a la vez la visión en perspectiva de marcha, tanto particular de cada miembro de la familia, como de su conjunto. El tan

mentado inconveniente de la no-presencia del padre en el hogar sólo ha sido considerado en su faz negativa. Para nosotros ese mismo hecho se transforma en favorable cuando el padre educador lo utiliza para "graduar" su amistad con el hijo. La presencia constante llevaría fácilmente a una camaradería impropia. La influencia del padre es aumentada porque no lo ve ni oye a toda hora.

Es aquí donde la madre —figura e imagen de la Iglesia— viene a cumplir el papel que a ella le toca en esta tarea formativa de los hijos. Porque si la madre asume su misión de intermediaria y transmisora, el padre tiene todos los triunfos que la madre juegue en su nombre. Su presencia personal será así deseada, añorada, absorbida.

El padre, como ningún otro, se encuentra ubicado para llenar esa labor de análisis, de purificación y adaptación — como decíamos al comienzo— de todos aquellos elementos educativos que vienen de fuera del hogar. Su convivir cotidiano con el mundo exterior hacen que su postura de relación con la sociedad toda se base en conocimientos actuales, realistas, y de conjunto. El tiene en sí mismo, no sólo por lectura o noticia de otros —como puede sucederle a la madre— la "realidad ambiental". Actualiza en sí mismo, la actitud cristiana dentro de esa realidad ambiental. Es un manual vivo del hombre cristiano en el mundo de hoy. Y ese manual se abre generosamente para ser instrumento de formación de los hijos.

Porque sólo a un hombre, a su padre, puede el hijo considerar como de su pertenencia, sólo de él recibir todo sin deberle nada. El padre es para su hijo, único e irremplazable. Movido por el amor

trajo al mundo esa existencia de la cual se ha hecho responsable, y el amor es capaz de darlo todo sin exigir nada, todo lo excusa, todo lo tolera. ¿Quién sino el padre está dispuesto a dar hasta la vida por su hijo?

¿Qué estupenda y comprensible resulta la pedagogía familiar cuando se la piensa en cristiano! Cuando tenemos clara la idea de que la familia reproduce la Trinidad Santa, donde se da una constante procesión de Amor. Cuando sabemos que el padre representa a Cristo en el hogar y la madre a su Iglesia, unidos en la misma Verdad inseparable, comprendemos fácilmente que nada puede igualar ese lugar cálido, donde el hijo ha de crecer en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres.

¿Dónde sino en el hogar recibirá el hijo ese sentido de unidad que le hará hermanarse a todos los demás hombres, para que se cumpla el "unum sint"?

El padre está puesto entre Dios y su familia. Como vicario del Todopoderoso debe alentar con vida aquellos que le han sido confiados: vida en lo material, vida cultural, y, sobre todo, vida espiritual.

* * *

Podríamos haber creído que en el Movimiento familiar Cristiano todo lo referente a la familia había sido ya encarado. La espiritualidad conyugal con todas sus derivaciones: relación marido-mujer; padre e hijos; familia y comunidad; viudez; novios; juveniles y pre-juveniles... Sin embargo este tema del padre parece tomar en rodeo el panorama entero y llevarlo consigo a una altura distinta. Como si de pronto la familia reuniera en uno todos sus títulos, y en uno lo plan-

teara, para conocerlo, para quererlo y para establecer esa jerarquía total.

Y, más precisamente, al entrar a señalar el sentido de la actuación conjunta del padre y de la madre en la pedagogía familiar, desde el lugar de madre, el tema del padre resulta casi nuevo.

Sabemos lo que significa en lo material, en lo espiritual y sobrenatural, el marido para su mujer. O los dos hacia sus hijos o hacia los demás. Pero lo que es el padre para la madre... ¿nos hemos detenido antes a interpretarlo?

El marido como tal se refiere a la mujer, como consecuencia directa a sus hijos. El padre, se refiere al conjunto de la mujer y sus hijos, y todas las consecuencias del conjunto quedan comprendidas en la referencia. Es posible que se quiera más el padre que al marido, porque el padre rodea con mucho más alcance un alma de mujer y de madre.

Hemos oído decir que el Movimiento Familiar Cristiano tiene que quedarse en límites prefijados, no debe invadir campo de otras instituciones, debe permanecer en su quehacer específico... ¿Quehacer específico del padre? *Forjar un mundo mejor*. El problema no es encontrar las últimas prolongaciones de esta idea. La dificultad más bien está en reducir sus alcances limitándolos.

Viene a la mente la semejanza con los grados progresivos de la devoción, cuando por Jesús y con El se va conociendo al Espíritu Santo, y por ello se llega al Padre Eterno. El alma cae entonces en gran silencio, y el corazón descansa.

En lo familiar, cuando los hijos van creciendo y aparecen las primeras dificultades serias de la educación, la necesidad clamorosa de armonía, de unidad, nos llevan a repensar el entendimiento entre

marido y mujer, a buscar de ajustar su semeblanza con la unión de Cristo y su Iglesia. Se produce un gran esfuerzo de ordenamiento, el hombre-jefe y la mujer-ayuda comprenden que son autorizados a ser plenamente hombre y mujer, distinto uno del otro, y sienten que así está bien.

Todo el alcance de proyección comunitaria del matrimonio cristiano se yergue como un descubrimiento, nos sorprende y nos empuja, a la vez, y por él llegamos casi sin querer, a nombrar al padre como la figura cumbre de un mejoramiento del mundo. Para la madre en ese momento, casi antes de adentrarse en el tema, parece que una angustiosa inquietud se silenciara, se apaciguara, su corazón descansa. No es que el tema "Padre" sea más importante que el conyugal o el de la madre, como no es en la Trinidad más importante el Padre que el Hijo o el Espíritu Santo, pero sí que cuando se llega al padre, es que se ha venido comprendiendo todo lo demás.

Considerado así, aparece con claridad que cualquier divergencia de fondo, cualquier manifestación de indiferencia, la menor interrupción en la comunicación de amor del padre a la madre, y del padre y la madre a los hijos, hace sangrar a la familia toda. La educación es la manifestación espiritual del amor del hombre, y la madre es la primera en necesitar esta manifestación espiritual de amor. A medida que progresa la edad de los hijos, ella necesita más y más al padre. Sin él, transmite una formación incompleta o titubeante. Ella misma no llega a su plenitud como educadora, se siente insegura, sola. En la repetición constante del esfuerzo cotidiano van introdu-

ciéndose tendencias, preferencias, humores crónicos, pequeñeces que desdibujan el ideal perseguido, falta dirección y sostén.

Y por otro lado la indispensable presencia del padre no se concreta, no llega a todos los momentos de los hijos, no podrá ser para ellos ejemplo y camino, si la madre, por inmadurez o por falta de conformidad interior no transmite, se interpone, coarta. Los hijos necesitan conocer y vivir la alegría. Si la madre es quien da tono a su hogar, el padre, a su vez, es quien infunde alegría en los corazones. La mujer que se sabe amada multiplica con facilidad sus fuerzas hasta lo increíble, su ánimo es casi invulnerable. Dice Roger Pons: "ser amada equivale a ser comprendida, sostenida, alentada, es no tener demasiadas nubes interiores y menos esas nubes espesas que amasen en el corazón un cielo de tempestades; es no incurrir en temores o aprehensiones secretas; es, finalmente, ser de un humor igual, de un carácter sereno, que son las exigencias fundamentales de toda educación reflexiva. La madre es la obra maestra del padre".

* * *

Fundamentalmente cumplirá el padre su obra, hacia la madre y hacia los hijos, con su propio ejemplo. El ejemplo es y ha sido el gran remedio consagrado de la educación. Si el matrimonio es imagen de la unión de Cristo y su Iglesia, el padre educador deberá poder decir de sí, a imagen de Cristo: "Yo soy el Camino, el que siga mis pasos alcanzará la Vida Eterna". Pero si la perfección humana no es de este mundo, lo es menos aún en el mundo de hoy, donde no se trata sólo de perfección en virtud y tampoco

alcanzaría nunca el padre a reunir en sí mismo y transmitir la inmensa diversidad y profundidad de conocimientos que la humanidad en esta hora posee.

Imperfección espiritual y humana, inevitable deficiencia cultural, pueden sin embargo configurarse como verdad y camino.

Es verdad, cuando el hombre tiende su voluntad admirativa hacia cada nuevo descubrimiento científico, hacia cada avance de la inteligencia sobre la materia, cuando su ansia de totalidad se adelanta para recibir entusiasmada los próximos descubrimientos humanos. Dice Aristóteles: "El progreso de la inteligencia requiere una cierta dosis de puerilidad y conservar siempre la capacidad de sorprenderse". Y dice el Padre Teilhard de Chardin: "No hay una sola parcela de verdad que sea estéril, el menor de los sufrimientos científicos es un elemento irremplazable, sin el que no se despertará del todo la conciencia del hombre, es decir, la plenitud de su alma".

La imperfección es Camino, cuando dentro de ese gran desorden colectivo producido, de afuera hacia adentro, por la aparición incesante de tanta novedad, y de adentro hacia afuera, por las huellas desfigurantes del pecado original, el padre es ejemplo perseverante de humildad, de voluntad de mejorar, de fuerza progresiva en el bien. En la imperfección del padre así encauzada, la madre y los hijos sienten que la suya es admisible, perdonable, perfectible, y su capacidad de entusiasmo sobrepasa el alcance de sus brazos tendidos.

* * *

Pero el ejemplo mudo del padre sería insuficiente y en muchos casos negativo. Una enseñanza que se funda en silencio

no puede ser completa. Lo que no se nombra, lo que no se dice, lo que no se explica, en gran medida se ignora, desaparece y se pierde. La crisis de vocaciones religiosas y sacerdotales, ¿no será producto principalmente de una crisis en el hablar, en el tratar, y en el exaltar, en el conversar de esas vocaciones?

Ejemplo y palabra quedarían amarrados en la tierra si el Padre no tomara en cuenta, si no utilizara su capacidad de comunicación con Dios. Si hay una semejanza entre la Trinidad Santa y un hogar cristiano, hay también una similitud intermedia, una Trilogía suspendida entre el Cielo y la Tierra en la que juegan la esperanza cumplida de la madre, los grandes ímpetus del alma paterna, y la infinita bondad de Dios. Cuando el padre reza pone en juego, dentro de sí, la fuerza impetratoria de toda su familia. Es allí donde se unen y confunden el amor Divino y el amor Humano. Es de allí que proceden hacia la familia la misericordia, el orden, la paz. La paternidad espiritual del hombre, reflejo de la comunicación de amor en la Trinidad, alcanza entonces su expresión más unitiva.

En la concreción de su tarea con respecto a los hijos, en ese ir capacitando y creando las condiciones para que los hijos tengan un progresivo acceso a una plenitud humana en la libertad, que en cristiano significa "Vida en Dios" encarnada en una comunidad familiar y social constitutiva del Cuerpo Místico de Cristo, el padre deberá tener en cuenta los condicionamientos a que está sujeto el hijo:

—Condicionamientos humano-personales: herencia, cualidades, temperamento, etc.

—Condicionamientos socio-culturales: civilización, instituciones, etc.

Todos estos elementos irán a integrar y condicionar la personalidad del hijo, y es función del padre ir ofreciendo una síntesis valorativa y dinámica de todos ellos, para que el hijo progresivamente acepte, elija y conquiste los valores humanos y espirituales que le proporcionarán su plenitud humana, su vida en Dios.

Aceptar, elegir y conquistar señalan simultáneamente, la metodología de la educación paterna y las tres etapas educativas en la vida del hijo. Podríamos delinear el siguiente cuadro:

Etapas: Infancia, adolescencia, juventud.

Actitud educativa del hijo: Aceptación, elección, conquista.

Metodología paterna: Autoridad, Colaboración, entrenamiento.

• Casi no habría que aclarar la necesaria interrelación de los elementos de este esquema. Se trata tan sólo de señalar las situaciones y actitudes más fundamentales.

En la infancia el ejercicio de la autoridad paterna —no autoritarismo— tiende a crear en el niño los hábitos y los reflejos seguros: respeto, obediencia, orden, trabajo, buenos modales, oración, piedad, caridad, etc., que irán desarrollando su personalidad. La imposición externa de ellos es necesaria, pues el niño no puede elegir: sus instintos son ciegos y contradictorios; su inteligencia-razón no está aún desarrollada; carece de experiencia y la culturización no es hereditaria sino

adquirida. Todo esto define la necesaria actitud de aceptación en la edad infantil. El ejercicio de la autoridad paterna debe ir proporcionando al niño la experiencia de su liberación en la alegría. Será menester entonces dar expansión a sus fuerzas físicas, promover una liberación armoniosa de sus cualidades humanas.

En la adolescencia ya no hay como en la niñez una búsqueda impaciente de lo vital, sino de la personalidad. Lo que caracteriza a la adolescencia es la indeterminación del carácter, la incertidumbre del futuro, la atracción contradictoria del mundo interior. El método educativo paterno ya no será fundamentalmente la autoridad sino la colaboración para las sucesivas elecciones que irán forjando la personalidad armónica, equilibrada del adolescente. La elección supone libertad. La colaboración paterna debe consistir en la guía de esa elección libre. El padre debe colaborar en la reflexión, en el desarrollo de la intuición y de la observación, del juicio, de la crítica, de la iniciativa.

En la juventud, por último, se corona el proceso de educación. El joven se enfrenta al mundo que quiere conquistar. Del dominio de sí pasa al dominio de las cosas, y a la opción definitiva hacia la plenitud de su maduración humana.

Esa opción, que es conquista en su aspecto dinámico, se le presenta en tres planos:

- Vocacional
- Familiar
- Social

Y aquí es donde culmina la acción educativa del padre, pues debe dar a su hijo

la imagen completa de su propia vida: esposo, padre, profesional, miembro de la sociedad y de la Iglesia.

Es tarea fundamentalmente de entrenamiento. Los hijos necesitan ver, oír y "probar". Probar es un intermedio entre no tomar y tomar, entre no ser y ser. Para este intermedio el joven necesita sentir junto a él una presencia más fuerte que la suya. Alguien que lo conozca, que admita con benevolencia sus primeros intentos en libertad, que sea capaz de asumir sus inevitables desaciertos o errores.

Alguien con quien ensayar una conversación prolongada... Dice Salomón que "jefe es el que tiene un corazón que escucha...". No hemos nombrado todavía a la *paciencia*. Cuando un hijo llega a joven, hay detrás de él una larga paciencia de padre. Escuchar, esperar, son casi inseparables. Esperar la edad en el hijo, escuchar su progreso madurativo, esperar sus momentos favorables para ir promoviendo, crisis por crisis, la personalidad que ese varón o esa mujer trae consigo. Interpretarla, alentarla, hacerse cargo.

A esa edad en que el hijo necesita inventar un poco que está solo, es cuando se hace más honda su amistad con el padre. Empieza entonces el caminar juntos para asumir en su plenitud el mundo de hoy. Toda la riqueza acumulada del padre irá fluyendo en el diálogo profundo en ese enfrentarse unidos a los problemas que la vida presenta a la familia, a la sociedad, al trabajo y a la Iglesia; y la frescura abierta, franca, sin vacilaciones de la juventud de hoy también renovará al padre, que ahora no sólo da, sino que recibe algo de lo que "ha sembrado en-

tre lágrimas y que otros, cantando, cosecharán".

* * *

Si después de este sencillo bosquejo intentáramos afirmar que el padre no tiene función educadora, que el mundo de hoy debe ignorarla o rechazarla, mucha luz se haría sombra, y nos subiría en el alma, con fuerza desoladora, el sabor amargo de una inmensa horfandad. Tendríamos la sensación de negar la felicidad santa del matrimonio cristiano, de negar su jerarquía ordenada, su sagrada semejanza con Cristo y la Iglesia, de negar la relación sacramental entre Dios y los padres con la fuerza comunicativa del amor, estaríamos desdiciendo al Amor Trinitario y a todas sus consecuencias descendentes. Sin Paternidad Divina, sin Cuerpo Místico, sin interés uno por otro, entraríamos en el mundo del desamor.

El mundo necesita ordenarse en la justicia y en el amor. Si hay odio en los bordes del futuro, es el no amor que hemos deslizado en el alma de nuestros adolescentes al hablar con ellos de las cosas de los hombres. Nuestros hijos son capaces de amar. Son lo que hace falta que sean para asumir con generosa naturalidad el mundo de mañana. Nosotros también sabemos amar y podemos, con Dios, hacernos dueños del mundo de hoy. Uno y otro momento quedarán enlazados hasta el fin del tiempo por las manos de padres e hijos que no podrán separarse hasta que la inquietud del hombre haga vibrar consigo a la mano joven. Inquietud profunda por la suerte de esta tierra que es suya, inquietud de urgencia por estampar en su rostro los rasgos que sueñan, rasgos sin mancha, sin arruga, a su imagen y semejanza. ♦